

¿Un nuevo planteamiento misionero en la Iglesia?



Víctor Chacón Huertas, C.Ss.R.

Llevamos mucho tiempo en la Iglesia señalando que la Evangelización es una prioridad. Pero ¿termina de llegar tal prioridad? Quizás algunos piensen en el Papa Francisco y en su gran insistencia para “salir a las periferias” y “hacer ló” como dijo en la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro en julio de 2013. Pero este asunto no comienza con Francisco, sino que es anterior.



Concretamente con Pablo VI, el Papa que clausuró el Concilio Vaticano II, y que escribió la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1972). Ya en aquel año el Papa señaló sin ambages: “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14). Señaló así el fin primero o propósito que da sentido a la existencia de la Iglesia: anunciar el Evangelio. Si no cumple este fin, la Iglesia pierde su razón de ser. Y es que la comunidad de los cristianos no debe estar nunca encerrada en sí misma (EN 15).

Más tarde sería el Papa Juan Pablo II, en 1990, quien dijo en la encíclica *Redemptoris Missio*: “Preveo que ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangeli-

zación y a la misión *ad gentes*. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos” (RM 3). Tampoco hay dudas en las expresiones. Recalca el Papa polaco que hay un “deber supremo” y que nadie debe eludirlo. Sin embargo, a veces da la impresión de que somos herederos de una Iglesia nostálgica y con poca apertura misionera al presente y al futuro. En Benedicto XVI no encontramos ningún tratado específico sobre la misión, pero sí muchas referencias al imprescindible anuncio y testimonio de la fe, como éste en una de sus homilias: “Se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida”.

Hacer discípulos

Bíblicamente encontramos dos referencias -entre muchas posibles- que apuntan a esta urgencia y prioridad del anuncio misionero: el evangelista San Lucas recoge así el deseo de Jesús: “He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto deseo que prenda!” Lc 12,49. Muchos biblistas señalan aquí sin dudarle el fuego de la Palabra, mensaje de Dios y portador del Reino de Dios. Pero también podemos recordar el desenlace del Evangelio de San Mateo, donde Jesús antes de ascender al cielo se pronuncia así: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado” (Mt 28). De este “testamento” jesuano podemos extraer cuatro acciones que Él pide a sus discípulos: Ir, hacer discípulos, bautizar y enseñar. Son los cuatro verbos presentes en el pasaje bíblico. De los cuatro, el verbo central -señalan los exegetas- es “hacer discípulos”, en griego “*matheteusate*”. La prioridad que Jesús establece para la comunidad cristiana primitiva es ésta, generar nuevos discípulos suyos. Discípulos a los que han de bautizar y enseñar, por supuesto después de “ir” a buscarlos.

Juan de Dios Martín Velasco, filósofo y pensador español, apunta a un error de cálculo al desear llevar a cabo la (nueva) evangelización en nuestro país y en Europa en general. Presuponíamos siempre que estábamos en Iglesias ya evangelizadas, que serían fácilmente movilizables para ayudar en esta tarea misionera. Sin embargo, no era así. Costaba aceptar la realidad: unas iglesias anquilosadas, dormidas por la inercia y presas de la costumbre que no sabían hacer planteamientos nuevos, de salida. Pero quizás ni tan siquiera podían hacerlos por falta de costumbre y de inquietud o celo misionero en los propios fieles y sus pastores. Nos habíamos acostumbrado a que la gente venía sola a la Iglesia, a la catequesis y a cumplir con el precepto dominical. Ya nadie invitaba a estas cosas, quizás por pudor o comodidad. Y también caímos en dar por supuesto que se conocía a Jesucristo, con lo cual, fácilmente en muchos lugares se dejó de hablar con pasión y sencillez de Él.

Una Iglesia en salida

Es bueno que tomemos conciencia de dónde estamos, como si de un GPS se tratara. Ubicarse es esencial, es un primer paso. Y el análisis de muchos expertos y pastoralistas coincide: Estamos en una Iglesia que para muchos es un mero



“despacho de sacramentos”, hecha tan sola de tradiciones y que vive hacia dentro, muy preocupada por su “autopreservación”. El siguiente paso es trazar el destino, el lugar donde deseamos llegar: Una Iglesia en salida, generadora de discípulos misioneros (fieles que no solo “consumen” sacramentos) sino que se implican en la construcción de la comunidad y del Reino de Dios; una Iglesia sinodal, que vive abierta al exterior y en diálogo con él.

Probablemente ese itinerario estaba en la mente del actual Papa cuando escribía esto en *Evangelii Gaudium*, el programa de su pontificado: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación...” (EG 27). Necesitamos revisar nuestras comunidades y preguntarnos si verdaderamente generan nuevos discípulos, cristianos que deseen vivir y anunciar el Evangelio de Cristo. Esta inquietud y cuestionamiento son los primeros pasos hacia la evangelización y la conversión pastoral que demanda este tiempo.

Necesitamos revisar nuestras comunidades y preguntarnos si verdaderamente generan nuevos discípulos, cristianos que deseen vivir y anunciar el Evangelio de Cristo